



El hombre debe actuar a tenor de su conciencia. Si actúa a impulsos de fuerzas extrañas al raciocinio, es un autómatas o un fanático. Cualquiera cosa menos un Hombre.

EDITORIAL

ARMAS Y HAMBRE!

Europa vuelve a armarse. El temor a la guerra fomenta la fiebre armamentista que sufre el viejo Continente.

Los gobiernos europeos ya no vislumbran tan siquiera la situación de los pueblos que tienen sometidos. No quieren trigo, quieren armas, muchas armas.

Europa, carcomida por el hambre que nos legó la pasada guerra, apenas puede elevar su cuerpo deformado y agrietado como la eleva un tullido y, sin embargo, de su garganta resaca por el humo aún no disipado de la pasada contienda, surgen ya los gritos belicistas que se presagian la nueva gran hecatombe.

La poderosa U.R.S.S., campeona del matonismo guerrero, enseña la boca de sus cañones y amenaza a Occidente.

El capitalismo aprovecha la oportunidad: vende armas, compra oro; y el oro y las armas serán los artifices de la nueva gran matanza.

Los hombres no quieren armas, quieren trigo. Los hombres no quieren la guerra, quieren paz. Los Estados son los promotores de la monstruosidad belicista. Los gobiernos son los factores que desencadenan la guerra. Y la guerra viene, porque vienen armas, y las armas no son para sembrar, son para matar!

Los pueblos, los hombres, aún no han comprendido. Todavía no saben que a la guerra sólo puede combatir la Revolución. Todavía no se aperceben de que nada les separa de aquellos seres que allende las fronteras se aprestan a luchar como fieras. Todavía no son capaces de negarse a morir estúpidamente, cobardemente, como se muere en la guerra.

El triunfo, si los hombres no comprenden, será de la muerte. Sembrarán cadáveres de hijos del pueblo. Sembrarán miseria y desolación. Sembrarán más tragedia en un mundo absurdo e ilógico que a través de los siglos tropieza, con la piedra helada de la guerra continuamente.

La fiebre armamentista hace su obra. La guerra la continuará, si los pueblos no le dicen a los Estados: ¡basta de guerra y basta de autoridad!

La farsa de la civilización

Por Alejandro Sux

Se habla mucho de CIVILIZACIÓN... parece que se temiera por ella!

La genticilla común y corriente asegura que siempre se charla mucho de lo que no se posee... o puede perderse con suma facilidad, y a la genticilla común y corriente suele sobrarle razón cuando razona.

Aquí se tiene constantemente la boca llena con la palabra Civilización... Que la Civilización autoriza esto... Que la Civilización debe hacer esto otro... Que en nombre de la Civilización... Que los derechos de la Civilización... Y que los deberes de la Civilización... Y que los compromisos de la Civilización...

Desde que en el mundo aparecieron los seres civilizados, burlarse de la Civilización es juego fácil para quienes no creen en ella. Igual aventura le ocurre a la Justicia, la Libertad, la Igualdad, el Honor... y todas esas palabras que deben escribirse con mayúscula, porque tienen algo de sagrado, algo superior a la entidad personal y deleznable de cada Yo, mucho de nebuloso... y bastante de mitológico.

¿Qué es la Civilización? El diccionario nos enseña que «civilización» es la acción de civilizar; el estado de lo que es «civilizado»... ¡Poco!

Veamos en «civil». Del latín «Civilis», de Civis, ciudadano; se emplea para significar algo en oposición a militar y a eclesiástico... ¡Apenas un poco más!

No importa. Por lo pronto, sabemos que un «civil», o sea la unidad de la sociedad «civilizada», punto céntrico de la «Civilización», es todo lo contrario de «militar» y de «eclesiástico»; dejemos en paz al último y veamos qué significa «militar».

El mismo libro sabio dice: «Pertenece o que sirve a o en la milicia, y «milicia» significa: «Arte de hacer la guerra y disciplinar a los soldados». Lógicamente, pues, quienes se dedican al arte de la guerra o a la ciencia de disciplinar a los soldados, dejan de pertenecer ipso facto a la categoría de «civil»; lógicamente también, cuando en una sociedad predomina el elemento «militar» sobre el «civil», significa que esa agrupación humana se aleja del

estado «civilizado».

¿Qué espectáculo nos ofrece la humanidad de hoy? Los regímenes políticos que van triunfando en el mundo son los menos «civilizados», puesto que en todos ellos, de una manera o de otra, predomina lo «militar», la «disciplina», el «soldado»... La vida «civil» es cada día menos importante; los esfuerzos de los gobiernos, en general, unos por convicción idealista, otros por conveniencia, otros por necesidad, tienden a «militarizar» a sus pueblos, o, lo que es lo mismo: a «descivilizarlos».

La actividad de los civiles es eminentemente pacífica: cultivan, trabajan, piensan, hermocean la vida, amabilizan las relaciones entre individuos y pueblos, etc. La de los militares tiene un solo objeto, como lo indica el diccionario: hacer la guerra y disciplinar soldados. Puesto que nuestra sociedad se militariza cada día más, ¿cómo podemos llamarla «Civilizada»?

Dejemos al diccionario en paz. «Civilización», para los filósofos es un estado de constante perfección y progreso de la comunidad humana para lograr la mayor cantidad posible de felicidad. Oigamos una anécdota de monseñor Le Roy, misionero de África, contada en uno de sus libros:

En la selva centro-africana ha-

lló a un reyezuelo pigmeo, gobernador de una pequeña tribu semilanzada, y absolutamente «salvaje», puesto que no se cubría más que con un somero taparrabo, y sólo conocía el arco, la flecha y la lanza como armas ofensivas. Este «bárbaro», después de escuchar a monseñor Le Roy que le describía las maravillas de la Civilización y le mostraba muchas

de sus realizaciones, le dijo estas palabras que textualmente reproduje:

«Vuestras invenciones son maravillosas, pero la civilización de la que estáis tan orgullosos, ¿os hace más felices? Vosotros poseéis mil veces más que nosotros, pero también necesitáis mil veces más. ¿A qué os sirve el saber, la constante agitación, las armas per-

feccionadas y terribles? La vida es breve... nosotros tenemos la mejor parte».

¿Verdad que el «salvaje» no razonaba tan mal?

No; la Civilización no procura la Felicidad, porque se ha reducido a una palabra; para que la Civilización exista en realidad, será necesario eliminar de la sociedad humana, todos los elementos no-civiles que se introducen en ella como microbios dañinos o viven sobre ella, como parásitos, y

no solamente los que pertenecen a la milicia, porque, al fin y al cabo, ellos no son más que las garras y los colmillos de una bestia insaciable y estúpida: el egoísmo, un egoísmo ciego, torpe, feo.

¡Si la Humanidad hubiese podido realizar la frase de aquel Cristo que se presentó entre la chusma predicando el amor de los unos hacia los otros! Pero, la frase, como la Civilización, quedó reducida a lo que era: Palabras!

Loza Talaverana

Cuando los Regulares de Varela y los legionarios de Yaguie, en su marcha relámpago sobre Madrid, rebasaron Talavera de la Reina el 8 de septiembre del 36, una centuria falangista se quedó a retaguardia para detetizar la ciudad de la loza y «despojársela» de rojos.

Y tan rigurosa fué la limpieza que se practicó, que después de llenar de presos cenobios e iglesias, no quedó en cajas y bolsillos reloj haciendo aguas contra la pared, como dice la Biblia.

En Santo Domingo, se amonto-

nó como parva las mujeres, jóvenes y viejas, en mescoanza pútrida. Entre las primeras, había una de tan peregrino donaire, que le habían puesto de mote la Guapa de Talavera.

Ni asesinando al padre, le habían podido matar a la encantadora criatura la risa en la cara. Cierta noche apareció con una lista en la diestra el fray Hernando, que confesaba a los que al amanecer habían de ser llevados a la cuneta. Entre las condenadas al luctuoso paseo, figuraba la madre de la pizpireta chiquilla.

Dos falologos, que montaban la guardia al otro lado de la reja separante del mundo de los vivos a los que habían de morir muy pronto, cuchicheaban entre sí con gran sigilo. A este lado del cancel, tres o cuatro muchachas, que de milagro no habían pasado por el vejamen del corte de pelo, hacían fúnebre broma antes de irse a dormir con pocas ganas de despertarse.

«¿Qué apostáis—dijo la Guapa, señalando a los falangiberos—que yo les canto a esos las Barricadas?»

«Tupé no te falta. Pero a eso no te atreves. ¡Fuera el colmo!» replicaron las aludidas.

«Vais a ver. Oye, tú, lobo de Franco: dame un cigarrillo.»

«Es muy fuerte. Sabe a rayos. Tú debes de fumar rubio.»

Por A. Samblancat

«Ni rubio ni moreno. Pero, en viniendo de ahí, le hago echar centellas a un tizón del infierno que me déis. Con que encendido, que yo no tengo mistos.»

«Bueno. Le prendemos al pito candela, le pegamos una chupadita cada uno y... ahí va, serrana.»

«Pues, mirad qué cosa: no es tan malo como vosotros. Escucha, tú, el de más a la derecha: por el acento debes de ser andaluz. Proprietario, lo menos.»

«Si, millonario de pulgas. Ahorra, que trianero. Más sevillano que María Luisa, la del Parque, que era de la ciudad de las violetas.»

«Por tanto, cantarás flamenco mejor que Caracol. ¿Por qué no te arrancas por un jay, ay, ay, ay, grillo del alma mía? Más de circunstancias el jiplo no «pué» ser.»

«No estoy en voz. Pero, escupiré y voy a ensayar.»

«Ole con ole y reole! Y ese otro patoso, ¿qué es? ¡Astur! Asestino de mineros, quizá. ¿No, embustero? Pues despega y toma el aire con una asturianada. De las vuestras, aunque sea, pedazo, de mocho. Aquella que tiene por estribillo «Viva la Virgen del Carmen!»

«Me da mucha vergüenza.»

«Y no te la da el hacer huérfanos, «malajé». Si tuviera un caso de sidra, pronto te desencogerías y se te aventaría la vaca. ¡Anda! Brámanos el «Babilón.»

«Pues, pecho al agua, llanisco. Y salga lo que saliere.»

«Bravisimo. Me has hecho ver tu cuadro natal.»

«Ahora dinos, maja. ¿De quién eres hija?»

«De proletario con honra. De un carpintero.»

«¡Atíza! De un San José.»

«¿Y cómo te llamas?»

LA TOLERANCIA

Por Bernardo Pou

La tolerancia es un signo de elevada cultura, es el primer deber del anarquista militante. La tolerancia eleva la discusión crítica constructiva. Defender las posiciones conquistadas con fervor y pasión no es sectarismo. Es simplemente convicción en los métodos usados, es una manifestación del sentimiento, celos si se quiere en no destruir la casa hecha, antes de tener otra levantada con una mejor planta. Tampoco esto es reformismo. Es a lo sumo un deseo de garantizar contra los «demoleedores» lo edificado con huesos y polvo de los anarquistas caídos en la desigual lucha social.

También la tolerancia es la mejor defensa de los principios, es la primera manifestación del sembrador de ideas en el campo obrero.

Los principios—en el anarquista tolerante—no tienen ni siquiera el más leve barniz de un molde cerrado. En labios de un anarquista, la tolerancia permite—en el marco de las leyes naturales—hallar muchas soluciones individuales, como son igualmente posibles y factibles—y por eso deseadas—infinidad de soluciones colectivas y guardando el máximo respeto a la personalidad humana, a) más individualista de los hombres.

La C.N.T., la misma A.I.T. son materiales excelentes; su aplicación depende de la manera de emplearlos, con las experiencias controladas por cada uno y todos de sus militantes, los jóvenes, todos, seremos buenos arquitectos, grandes ingenieros, profundos economistas para sentar las bases sólidas de la Sociedad Universal de Hombres Libres.

Por eso, la afirmación de nuestros principios, de nuestros ideales, la constancia en defenderlos y propagarlos, juega un papel importantísimo.

Es lo que hace resaltar al militante de la masa común de seres humanos.

Sabemos por deducción intuitiva y deductiva, que las obras son lo que valen sus autores. Los ejemplos abundan en la literatura, en la pintura, en todas las artes, hasta en la acción y actuación social.

La pintura de un Goya, responde al carácter, al espíritu, a la inteligencia del artista Goya.

El «Quijote» de un Cervantes, es el producto de un análisis de las costumbres, una crítica demoladora, una habilidad genial de un maestro rebelde que inmortalizó al pensamiento libre con la literatura.

«El Estado y el Federalismo» de Bakunin, responde al estudio sociológico de las funciones coercitivas del Estado, de la creencia religiosa; es la libertad revelada en sus formas de conquista por un pensador culto. Es la vía abierta a una nueva convivencia social sin autoridad, es la moral

Explosiones en España

Los depósitos de municiones del ejército franquista están dando continuos sustos a los «huéspedes» que dominan el territorio ibérico. Se atribuyen las explosiones al calor que impera en España y que el «fresco de Galicia» no puede mitigar.

A fin de cuentas, va resultando que la resistencia revolucionaria cuenta, por fin, con una ayuda efectiva y desinteresada. Salvo que el calor en cuestión lleve alpargata y metralleta al hombre.

Pero por si fuese realmente el sol el factor que determina las explosiones a que nos referimos, nos apresuramos a decir que éste

—el sol—no pertenece al Partido Comunista, Y lo decimos por temor a que los «camaradas» de la III Internacional de Sóssillo—d. I de Stalin—quieran incluir en sus filas al sistema interplanetario.

REPORTER.

Genios, locos y héroes

El mundo, dígame lo que se quiera, no está condenado. Queda todavía gente lo suficientemente cuerda como para ser loca y lo suficientemente loca como para persistir en su cordura. ¿Os parece poco? Si os lo parece, sois vosotros los condenados; y no por eso el mundo dejará de salvarse.

No busquéis ejemplos de locura en los periódicos: sólo lo normal sale en ellos, lo normalmente malo o lo normalmente bueno. Hay que buscar la anormalidad—la de la salvación—en lo que no se publica en letras de molde, ni se anuncia por radio ni se exhibe en la televisión. ¿Dónde, entonces? Haced menos preguntas y mirad lo que no habéis mirado hasta ahora: el hombre de la calle, vuestro amante, vuestro amigo y vuestro enemigo. Si no veis nada, también estáis condenados; pero el mundo, mal que os pese, no lo está.

Existen los genios, si—hay que aceptar la palabra aunque nos moleste quedarnos debajo de ella.—Conozco genios que no piensan en la salvación del mundo, pero lo están salvando por anticipado, y que seguramente reírían si se les descubriera su genialidad: tendrían vergüenza de ser genios y se desesperarían por retornar a lo normal, a la cordura. Afortunadamente, están demasiado locos para volver al rebaño.

Aquí están mis genios: uno de ellos ha sido capaz de cambiar una pistola por una pluma estilográfica. (Aclaración: yo lamentaría que todos los genios hicieran

lo mismo; lo lamentaría porque el hecho dejaría ya de ser genialidad y, por otra parte, porque las pistolas no estarán de más cuando el mundo decida emprender su salvación. De todas formas, me alegro que mi genio lo haya hecho. Y si no lo comprendéis, el mundo nada puede esperar de vosotros.)

«¿Más bazañas? Conozco alguien—un loco, un magnífico loco—que pasó una noche en vela para terminar el dibujo de un cartel propagandístico destinado a una conferencia. Lo hizo mientras el conferenciante dormía—más exactamente, roncaba—en el mismo cuarto, y lo hizo sabiendo de antemano que el éxito y las felicitaciones posteriores correspondían al que dormía y roncaba—y no al que velaba. ¿Veis ahí al héroe? Si no lo veis, sabré que no entendéis nada de heroísmo, y que podéis dormir—roncando como el orador—hasta que el mundo se acabe.»

Quisiera atreverme a describir mis genios; pero temo que éstos protesten por mi indiscreción y me amenacen con un inmediato recibo de juicio. Entonces si estariamos perdidos—ellos, yo, el mundo—: porque desaparecerían los héroes, y los genios, y los salvadores.

A reír, pues: los hombres no están condenados. Mientras haya anormales todo puede esperarse: todo, menos el fin.

R. M.

LA HISTORIA

No quiero historiar nada. No puedo. Tengo clavado en el cerebro el presente. Vivo en él. Pienso en él. Hablo con él. Me insta a que le siga en el laberinto de las ideas abstractas. Me hace lo que en mi vida anterior no viera. Me hace recomendaciones y advertencias, pero la sombra del pasado me pone frente a frente con las necesidades de hoy.

El tiempo corre velozmente, excesivamente es activo. La historia se ha quedado atrás, muy atrás y los acontecimientos se precipitan sobre ella superándola. Van lejos, mucho más lejos de lo que nadie se figuraba. No se paran a meditar sobre las acciones pretéritas, ni siquiera aceptan un consejo de ellas.

¿Qué importa que la historia se repita si al repetirse es el presente quien manda. ¿Qué importa copiar la misma página, si no es la misma, aunque la acción sea igual. Aquello sucedió hace años o siglos, pero esto es de hoy, de ahora, y no son los mismos hombres, son otros y otros también los motivos, aunque se vaya en pos de idéntico objetivo y finalidad. Siempre hay un detalle que no había, que no hubo en lo anterior. Por este detalle, por esta diferen-

cia, por esta apreciación y distinción, la historia no es siempre la de ayer, sino la del momento.

Mueren los hombres, pero queda el hombre: queda la vida que le sobrevive. Sin ella no hay historia, ni mundo, ni naturaleza. Ella lo es todo.

¿Se reproducen las escenas por adquirir la supremacía? Algunas sí, no todas y, aun en esas algunas, cabe la duda, porque no responden exactamente a las otras. No se proyectan de la misma forma y otros son los agentes que las provocan y las realizan. Tampoco se hace uso de los mismos medios, porque distintos son los procedimientos a desarrollar.

Vivir del pasado es poca cosa en el presente; éste no es ilusionista, es realista y mientras aquél es un espectro, se adelanta a la influencia que pudiera tener en la puesta en práctica de la acción.

Hacer caso de lo que dejó de existir, es negación de cuanto se puede realizar. Esta es la base primordial para poder seguir avanzando, retando y venciendo a todo lo que estorba dentro de nuestra órbita experimental y de combate.

Pensar en lo que se pudo hacer y no se hizo, es tiempo mal empleado, si no hay la predisposición a ejecutarlo ahora. ¿Que la

decaer en nuestras conclusiones y determinaciones. Mirar el horizonte con los ojos claros y serenos, brillantes y encendidos, sin retirarnos de él. Ser luchadores, idealistas: Hombres.

Habla la actualidad, clama la realidad y nuestros oídos no han de ser sordos a la llamada. A esa llamada de angustia, de asfixia, de ahogo, hay que corresponder, haciéndole caso, trabajando incansablemente por hacerla más llevadera, mejor. Solamente los cobardes y obtusos, los mediocres y «materialistas», los que, ambiciosos o egoístas, no prestan calor alguno a la evolución, a la voluntad de hacer una gran obra socialmente humana, pueden permanecer en estado expectativo, esperando que otros les den la solución; pero el hombre que piensa, que siente, que estudia y acciona, que ve una posibilidad de hacer algo, debe de aprovecharla para el venidero, en el presente.

La historia... ¡Habla el presente! Lo pasado es una visión: Pasó. ¿Bueno o malo en su actuación? Murió. No le saquemos a relucir muchas veces. A ser posible las menos; pero estamos disconformes con todo lo que en la sociedad hay constituido, porque la libertad está encajonada y encadenada como Prometeo.

Por MINGO

El Arte Social Conferencia en Breves

vos intereses que se han constituido y defender contra la masa... Nosotros, como los que más sentimos la necesidad de hacer la revolución lo antes posible...

car desde ahora, anulando todas las posibilidades... Poner la reunión de asambleas, naciones e internacionales, que tomarían las decisiones necesarias...

cuando vean en la revolución el predominio de una tendencia autoritaria cualquiera... En la revolución, los anarquistas debemos ser la savia impulsora de la nueva vida...

El capitalismo, con su mercantilismo, ha producido la degeneración del gusto artístico al suprimir la concepción de la belleza desde el artesano al artista... La inspiración de libertad nacida del Renacimiento y que alimenta la Revolución francesa de 1789...

En la revolución, los anarquistas debemos ser la savia impulsora de la nueva vida... La inspiración de libertad nacida del Renacimiento y que alimenta la Revolución francesa de 1789...

En la revolución, los anarquistas debemos ser la savia impulsora de la nueva vida... La inspiración de libertad nacida del Renacimiento y que alimenta la Revolución francesa de 1789...

En la revolución, los anarquistas debemos ser la savia impulsora de la nueva vida... La inspiración de libertad nacida del Renacimiento y que alimenta la Revolución francesa de 1789...

ACTUALIDAD

Stafford Cripps se retira de la escena internacional a causa, dicen, de un accidente... Sabemos perfectamente que mientras duren las actuales condiciones económicas y políticas...

De aquí, que para realizar una verdadera revolución que de los frutos que de ella se pueden esperar... Los revolucionarios que se reduzcan a realizar la revolución política mediante el uso de un solo país...

La producción americana y la renta de los Estados Unidos en el año de un 15 por 100... Hay más aún; ¿qué solidez tendrá nuestra parte intelectual no pudiendo alimentar como es debido nuestra vida?

El marxismo, la industrialización, han paralizado el arte social o popular, la producción «estándar» o «seriada» han desplazado la preocupación del hombre... Jamás el divorcio entre el arte y el pueblo fue tan absoluto como lo es actualmente.

El marxismo, la industrialización, han paralizado el arte social o popular... Jamás el divorcio entre el arte y el pueblo fue tan absoluto como lo es actualmente.

El marxismo, la industrialización, han paralizado el arte social o popular... Jamás el divorcio entre el arte y el pueblo fue tan absoluto como lo es actualmente.

El marxismo, la industrialización, han paralizado el arte social o popular... Jamás el divorcio entre el arte y el pueblo fue tan absoluto como lo es actualmente.

LA REVOLUCIÓN EN EL MUNDO

La política económica de los países capitalistas coinciden (soluciones parlamentarias irrealizables en la práctica)... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

La política económica de los países capitalistas coinciden... Erán tres los sistemas que regían el mundo: la democracia, el fascismo y el comunismo.

SUGERION DE ESPAÑA EN EL MUNDO

48 páginas de estudio texto. Portada a tres colores. Precio 35 frs. Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.

Los únicos valores en circulación en la Bolsa son los que se relacionan con las industrias de guerra... Pedidos a: ROQUE SANTAMARIA, 4, Rue Belfort Toulouse.



Marxismo

«No es la conciencia de los hombres la que determina su manera de ser, sino que, por el contrario, su manera de ser social es la que determina su conciencia.»

De estas palabras de Marx, atrofiadoras del sentido bello de la vida y del idealismo humano de los hombres nació la «justificación» del materialismo histórico en que dicen se fundamentan las doctrinas llamadas—mal llamadas—socialistas y comunistas... de Estado.

Engels, pretendido enderezador de entuertos, más torpemente y más categóricamente que el propio Marx, afirmaba: «Las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social no deben ser buscadas en la cabeza de los hombres... sino en la metamorfosis de la producción y del cambio.»

Curiosas afirmaciones que, en el tiempo, infinitamente más realistas que nadie y, particularmente, que mister Attlee y el mariscal Stalin, ha sabido desvirtuar con toda la potencialidad de su lógica irrefutable.

Para el marxismo, de izquierda o derecha, los problemas cruciales de la Humanidad son producto exclusivamente de las necesidades materiales de los hombres. De lo que se desprende, en buena lógica marxista, que la situación material, económica, de los hombres, determina su grado de moral.

El error a que las teorías marxistas, tan brevemente expuestas en este modesto trabajo, ha inducido a una parte del género humano, tiene consecuencias nefastas y desequilibra los esfuerzos de los hombres realizados para abrir brecha hacia un futuro de libertad.

Teóricamente es fácil demostrar la iniquidad de las doctrinas marxistas, pero prácticamente es mucho más fácil y hasta más elocuente.

El marxismo ha degenerado en su ala izquierda hacia el fascismo puro, y, en su ala derecha, hacia la defensa de la sociedad capitalista.

¿Pruebas hacen falta? Prueben

nos da continuamente el marxismo desde el Poder.

Ahi tenéis la huelga ferroviaria de los trabajadores berlineses; ahí tenéis a los grupos comunistas y a la policía sometida a la U.R.S.S. combatiendo a los huelguistas y tratando de jugar el papel de «rompe huelgas».

«Eso no son marxistas? Pues mirad hacia Londres y veréis a los dockers, también en huelga, tratando de defender sus derechos frente a los ataques del ejército que obedece al ministerio laborista de Attlee.»

Marxistas, defensores de la teoría del «materialismo histórico», son los que contra las reivindicaciones materiales de los trabajadores emplean toda la fuerza que poseen en el Estado al frente del cual los propios trabajadores, para su desgracia, los han colocado.

He ahí a dónde conduce el «materialismo histórico»: los obreros de ayer, Bevin, Stalin, Tito, son los avasalladores de la clase trabajadora hoy. Y lo son en virtud de que han, jefes sí, escalado la pendiente del materialismo; y sus mejoras materiales no han ido acompañadas de una moral recia capaz de hacerles continuar en el camino del trabajo. Marxistas acartonados, envueltos en billetes de Banco y frente a sus hermanos de ayer.

La moral no está determinada por el materialismo; la moral está determinada por los sentimientos y por la conciencia. Y si bien es cierto que «la miseria es mala consejera», no es menos cierto que la opulencia en la desigualdad es el germen de las tiranías.

Ahi tenéis, científicos campeones del «materialismo histórico», algo que no os será fácil desvirtuar, aunque Attlee o Stalin cambien frac y uniforme por la modesta indumentaria de los trabajadores. El «hábito no hace al monje», ni el materialismo la libertad. La moral es capaz de imponer la igualdad, la belleza y la felicidad del género humano... aunque a Marx le supiese mal.

Juan PINTADO.

Nuestro Gaucho, Pacheco

Por Fontaura

En las tardes de domingo, doradas por el sol, nos era grato, al grupo de amigos, allá en Barcelona, pasear por el puerto. Mirando los barcos, la imaginación iba al gaiope—apenas si habíamos llegado a los dieciocho años—y soñábamos con esos paisajes exóticos, cuyas aguas marinas, habían bañado el casco de muchas de aquellas embarcaciones que reposaban sobre las quietas aguas del muelle. Algunos de aquellos navios, tenían los palos y el viejo velamen como los barcos de filibusteros, cuya descripción, pocos años antes, habíamos leído en los volúmenes de aventuras de Maine Feyd.

Deambulábamos por los muelles, saturándonos de azul y de infinito cuando, tras la muralla de la escollera, se extendía ante nuestra vista el mar libre. Sentados sobre las rocas, leíamos y conversábamos. Luego, de regreso, era la visita a los veteranos, a los viejos anarquistas del semanario «Tierra y Libertad». Tomás Herreiros, «Juanonus», Rico y otros. Se reunían en el domicilio del primero, en la calle de la Cadena.

Teníamos como una fiebre de lecturas, «devorábamos» libros, revistas, folletos, periódicos. Algunos venían de lejos; los había de esa América que todos deseábamos conocer. Y, de la Argentina, nos llegaba «La Protesta», veía «La Antorcha». Leíamos los escritos de Arango, de Gilimón, de Antill, de Enrique Nido, de Rodolfo González Pacheco, y de otros compañeros menos conocidos.

En los «Carteles» de Pacheco, veíamos plasmado el sentir romántico de las ideas; esa magnífica exaltación que fluye espontánea del pecho ilusionado y leal. De ahí que a nosotros, pleróticos de anhelos, de bellas quimeras juveniles, nos fuera sumamente grata su lectura, en nuestra tertulia dominical, al aire libre, frente al mar.

Había en los «carteles», a través de una prosa cincelada con arte de poeta, el ansia de horizonte, ese afán de libertad que distingue al «Martin Fierro». Ese anhelo de libertad, de independencia, característico en el clásico gaucho argentino, indomito y bravo, recorriendo la Pampa inmensurable. De ahí que, para nosotros, González Pacheco tenía temple de gaucho. Era nuestro gaucho. Encarnaba, en el anarquismo argentino, esta característica popular del rebelde, del refractario, del iconoclasta, simbolizada en el gaucho.

Hechos al correr de los días, atalayando conductas y situaciones, los «Carteles» reflejaban, los más diversos matices del cotidiano vivir, observado con aguda visión de anarquista. En ocasiones, enfrentado con una institución o con uno de sus elementos representativos, el «cartel», enmarcado en vanguardia del periódico, era en su contenido duro, flagelante, como un golpe de rebenque. Otras veces tenía el impulso sarcástico de un apóstrofe condenatorio, lanzado a la frente del adversario. Las instituciones, los prejuicios,

quedaban malparados a través de su prosa, concisa y brillante, de escritor que ama su léxico y sabe darle un tono bruñido y una perfecta nitidez. Con la firme intranquencia del que repudia toda posición acomodaticia, todo arrivismo, no vacilaba en señalar desviaciones, individuales o colectivas, de aquellos que antes había considerado como compañeros. Y es que él era de los que no se casan con nadie ni con nada.

Cuando, cruzando tierras, iba por los poblados, hablando a la peonada de las estancias, sembrando a voleo las ideas, como el sembrador esparce el grano. Aquellos «carteles», relacionados con los gañanes, con la gente del campo, rebosaban ternura, calor hondamente humanitario y comprensivo. Al propio tiempo, reflejaba el ambiente, el paisaje, con el vivo colorido de una estampa campeña. Con breves trazos tenía el arte

de saber evocar la imagen, la visión de aquellos paisajes.

Y siempre vuelto a la prosa. Pacheco un cuadro de opulencia, de aquella le tesonera, «preciosa», que era como un lienzo en aquel otro nombre de voluntaria loca, que fue Enrique Malatesta.

Como tantos otros compañeros que vinieron de otras tierras, para conocer, para saturarse del ambiente revolucionario de España, en el '36, dejó González Pacheco su querido ambiente argentino. Y, en Barcelona, en el pequeño Calle Brasil, de la rambra, tuvimos ocasión de cambiar con él un saludo evasivo y trenzar comentarios en torno a los problemas del momento. Pacheco no era un contemporáneo; no venía como un turista, tan sólo para observar, pasible el «caso de España». Era un artista, amaba el Arte, sentía el Arte. No eran su fuerte los problemas económicos. Be limitó a lo que mejor conocía. Y, con los compañeros del Sindicato de Espectáculos, planeó una campaña teatral de envergadura. Y aun siendo autor dramático, aun teniendo en su haber diversas obras teatrales, de carácter social, estrenadas con éxito; aun siendo un autor conocido, quiso que el público barcelonés conociera, antes que su teatro, el de otro escritor de ideas liberales, de amplias concepciones humanistas. Y con todo ahinco, se esforzó en que el «Danton», Romain Rolland, resultara una magnífica demostración artística en el vasto local del Olimpia.

Fué también entonces cuando, muchos a quienes era desconocida la prosa de Pacheco, conocieron una selección de sus «carteles» en la edición publicada por la Editorial Nosotros, de Valencia. Paseábamos con Pacheco por las Ramblas de Barcelona, por el puerto. Escuchábamos su palabra afable, de suave acento porteño. A veces, frente al mar, su mirada se quedaba fija, escrutando los confines del horizonte. Sentía nostalgia de su tierra, de su apreciado ambiente argentino. Y, un día, partió de regreso, a la tierra madre.

Han pasado años desde entonces. Muy de tarde en tarde, tenemos noticias de Pacheco. Los compañeros de «La Obra», con los que bregaba Pacheco contra la «peronada», la peor plaga que mil dificultades para relacionarse podía caerle al país, sorteaban con los compañeros de Europa. Honda pena habrá sido la suya, ante el fallecimiento de González Pacheco. Nosotros la compartimos, cuantos conocimos el temple moral de este artista, poeta y pensador, rebelde como un gaucho legendario, que puso toda su vida al servicio del anarquismo.

Concepto anarquista de la revolución

Por O. Alberola S.

En todo lo anteriormente asentado está implícita la concepción anarquista de la revolución, en una forma integral y con carácter exclusivamente general, quedando la labor de detalle y concreción a los individuos o grupos anarquistas, según las complejas necesidades de las diversas regiones en donde se encuentren laborando en la hora presente y en la hora de la revolución.

Pero animado con el ferviente deseo de que nuestro anarquismo sea, de verdad emancipador y realizador, creo conveniente analizar aquí en una forma más amplia, el concepto anarquista de la revolución, valiéndome para ello del pensamiento malatestiano que,

según mi opinión, es el más explícito en cuanto atañe a esta trascendente cuestión, pues en una forma real, y de acuerdo con la naturaleza humana, nos señala la mejor forma de realizar la revolución, en cuanto es libertaria y tiende a la Anarquía.

Esta concepción de la revolución es propia de todos los anarquistas, desde los tiempos de Bakunin y, antes aún, Proudhon, Dejacques y otros la han delineado bastante claramente; Kropotkin, Reclus y Malatesta, posteriormente la han reafirmado y aclarado aún más; pero como aho-

ra vuelven a tomar incremento las tendencias desviatorias, anteriormente mencionadas, es necesario volver a insistir, y sostener que en la revolución la función específica de los anarquistas está en defender, aumentar y extender todo lo posible el ejercicio de la libertad en todos los campos y en oposición constante a cualquier gobierno que surja o resurja, y sin asumir nunca por su cuenta función alguna de mando o de coerción violenta.

Ahora, después de haber constatado todos nosotros el verdadero resultado de la revolución rusa, contamos con una experiencia más que nos demuestra que el hombre, siguiendo los caminos del Poder, nunca podrá realizar una verdadera revolución y mucho menos si el Poder degenera en una férrea dictadura, aunque ésta se llame del proletariado. Para nosotros Anarquía significa no un gobierno, y por tanto, era muy razón no dictadura, que es el control absoluto de los individuos bajo las rígidas y feroces leyes dictadas por la voluntad de un individuo, de un partido o de una clase.

En la dictadura roja, el proletariado, naturalmente, entra ahí como entra el pueblo en los regímenes democráticos, es decir, simplemente para ocultar la esencia real de la cosa. Y esta dictadura en particular, es en rigor como cualquier otra dictadura de partido, la dictadura de los jefes de dichos partidos; es dictadura verdadera y propia, con sus decretos, con sus sanciones penales, con sus agentes ejecutivos y sobre todo con su fuerza armada, que sirvió también para defender la revolución ante sus enemigos externos; pero que sirve hoy para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores, detener la revolución, consolidar los nuevos...

GAVROCHE.

(Pasa a la segunda).

Graves problemas

Acabo de leer «El Socialista». He podido comprobar la inmensa importancia que tiene el problema de los caseros, y el insignificante valor de las discusiones llevadas a cabo por la Asamblea de Delegados Departamentales del P.S.O.E.

En primera página y en lugar de preferencia, «El Socialista» nos brinda un flamante artículo de don Inda sobre los caseros. A continuación, pasando a las páginas interiores, nos ofrece el mismo semanario, las semi-actas de la magna asamblea en donde el proletario partido ratifica su amistad con don Juan el fascista, a despecho de Wenceslao y sus amigos. En las mismas actas, una vez más y para justificar con la desvergüenza ajena la inmoralidad propia, se habla de una «C.N.T.» apócrifa, a guisa de justificante.

Del periódico se desprende que don Inda está enfadadísimo con los caseros y que el problema del berengenal en que ha metido a sus huéspedes, no quiere removerlo. Todo ello nos pareciera muy bien, si no estuviera tan mal. Y me parece peor cuando pienso que me ha costado un enfado con un amigo a causa de la conversación que voy a relatar:

«... No es posible que llamemos a la escuela, sólo a la inteligencia del niño, dejando en casa su corazón y su voluntad. El niño viene entero a la escuela, y ésta debe estar dispuesta a recibirlo todo entero.»

G. COMPAYRE.

«El Mundo al Día» ofrece en su reciente número 17 (julio ppdo.) un estudio pedagógico de interés. Tarea difícil la de encerrar en cincuenta páginas un tema infinito en sugerencias y que reclama a cada momento una extensión que las circunstancias no pueden otorgar. Imposible pedir, pues, más de lo que el título promete: breves nociones de pedagogía elemental, en apretada síntesis que sacrifica la profundidad a la tiranía del espacio.

Defensor de la genuina pedagogía integralista—que está lejos de ser uno de los «ismos» fragmentarios de los que Mella renegaba categóricamente—, plantea el autor la necesidad de una enseñanza abierta a la totalidad del alma infantil y dispuesta a reconocer sin vacilaciones la disparidad del mundo explorado. Ciencia evolutiva como todas ellas, la pedagogía no puede anquilosarse en un cuadro artificial que responda al ideal transitorio de una época o una civilización: porque aunque ese ideal represente por un momento el impulso progresivo, tarde o temprano caerá en el estancamiento a fuerza de persistir y edificar su método.

«La denominación racionalista adjudicada a la enseñanza libre de prejuicios religiosos y estales—dice el autor—, no es la más apropiada... Y más adelante: «El racionalismo ha estado en su sitio desplazando a Dios, pero el predominio de la razón en oposición al sentido de la vida no puede satisfacer al hombre...» E insistiendo: «Muy lejos está nuestra

quilinos...
—Y duro con los problemas de la vivienda.
—Del partido querrás decir.
—Tú estás loco!
—Yo no, Prieto.
—Y dale con Prieto.
—Si, amigo, Prieto ya no se acuerda ni de Franco, ni de don Juan, ni de Cristo. Ahora se preocupa de los caseros.
—Pero muchacho, no comprendes...
—Si, hombre, sí. Lo comprendo todo. Hasta que del partido socialista y de su líder don Inda sólo queda una mala predisposición para con los caseros y que con los comunistas... y con los caseros, no pactáis...
—Hasta aquí has llegado!
—¡Y que de aquí no paso!
—Pero Gavroche, si supieras que el porvenir de España está en manos...
—De Prieto y de los caseros? Eso ya lo sé. Por algo leo «El Socialista».

CARTA DE ACTUALIDAD

Esta vez es tu carta puro incienso a Jenova. Tienes amontonado uno sobre otro 62 años, que no son pocos en un joven que no sólo trabaja para ganar el pan, sino que se atormenta contra todos los enemigos de la vida, explotadores y opresores del hombre.

En verdad que me siento contento con eso que me dices tú. ¿Y qué quieres que haga? Existen tales explotadores y opresores, hábiles y activos y no puedo menos que combatirlos, aunque con poco éxito. Eso lo hago de puro reboto y por esa naturaleza inconformista que tengo, pues cada día estoy más convencido de que cuanto escribo y hablo contra la explotación y la opresión carece de resonancia efectiva y no habrá hechos que la avaloren. El hombre que trabaja, se vende dulcemente, con placer, sus ocho horas y, lo único que necesita de vez en cuando, es un aumento de salario y algún regalito y algo más para estar contento. Dulce vivir tal servidumbre!... Los que queremos cambiar este sistema de vida, no somos otra cosa que unos pobres desencantados, desesperados y locos en un 100 por 100.

Y, sin embargo, alguien debe tener dignidad de hombre y ser pasional por la independencia. Todos los aumentos de salarios del mundo no hacen progresar la vida, ni quiebran los privilegios de algunos sobre las grandes masas humanas, ni abaten la miseria, ni disminuyen la acrecentación de grandes fortunas. Cada día, los ricos, son más ricos!...

El camino revolucionario en lo económico, está no tanto en la mano del productor como tal, sino como consumidor. Las organizaciones de productores se amanisan y se compran con unos aumentos periódicos y oportunos, y algunas donaciones; pero cómo comprar a las sociedades vecinales de resistencia de consumidores, constituidas para quebrarles los dientes a los lobos capitalistas, combinadores de precios, que hace rato asesinaron a la competencia y al libre comercio? Si la dignidad del hombre debe

ser defendida, sin duda que debemos seguir escribiendo y hablando, aunque sea al viento, como «aereno al pataleo» y por puro gusto de tener razón en hacerlo. Y, no es mayor merito ese, como para merecer elogios, ya que cada uno es como es y no puede ya volverse del revés, luego de gastarse tanto y cuanto del derecho.

Sin duda que me gustado el párrafo transcripto, aunque lamentando que no sea verdad tanta belleza.

Después de todo no es malo darnos un poco en el espejo de los recuerdos. En el camino de la lucha social, tú has sido en mucho como mi hermano mayor; de modo que al elogiarlo, lo haces a ti mismo, en cierto modo.

No tienes nada más que dirigir tus ojos a aquellos días tan felices de nuestra juventud peleadora. No fué en vano para nuestra actual ventura, aquella línea recta que seguimos, aunque el mundo todo se nos haya dado vuelta y el hombre venturoso en que soñamos se nos haya transformado en un insaciable tiburón. ¿Qué importa el éxito?...

Persistir con deleite en lo que ha de venir, cuando el dormido despierte. Después de todo, hermano, el agua pasa por la huella del río y descarga en ella sus sedimentos, como siempre. Enfrentemos la mala hora, con la misma serenidad de los días en que triunfaban en el seno del pueblo nuestras preceas y rebeldías.

EL AMOR

Ama, hermano: ama tanto tu vida que jamás quieras suprimir la ajena, hacer el mal, ser factor de sufrimiento.

Ser bueno, es la mayor virtud, es la mejor idea que un hombre puede tener, pero, para poder ser bueno, hay que dominar los instintos, encauzar las pasiones, modificar la psiquis, embellecer el alma.

«Haces tú eso, hermano? Yo quiero que tu amor, sea el canto de la voz humana de los hombres nuevos...»

Yo quiero que ames con toda el alma, al caído como al que está

en la altura; amor de amplitud, que se vista de azul, que es el color de inmensidad, idea de infinito.

Pero, tu idea eres tú mismo, parte de ti: como la flor de la planta, como la espiga del tallo.

No está tu idea en los otros, sino en tí; ni podrá ser realidad frstra, si antes no lo fué en tu alma.

El amor, es música en el cordaje vibrante del sentimiento; melodía de los espíritus buenos que dejan, por donde pasan una estela de luz.

José TATO LORENZO.

NOCIONES DE PEDAGOGIA

Por R. Mejias Peña

«... No es posible que llamemos a la escuela, sólo a la inteligencia del niño, dejando en casa su corazón y su voluntad. El niño viene entero a la escuela, y ésta debe estar dispuesta a recibirlo todo entero.»

G. COMPAYRE.

«El Mundo al Día» ofrece en su reciente número 17 (julio ppdo.) un estudio pedagógico de interés. Tarea difícil la de encerrar en cincuenta páginas un tema infinito en sugerencias y que reclama a cada momento una extensión que las circunstancias no pueden otorgar. Imposible pedir, pues, más de lo que el título promete: breves nociones de pedagogía elemental, en apretada síntesis que sacrifica la profundidad a la tiranía del espacio.

Defensor de la genuina pedagogía integralista—que está lejos de ser uno de los «ismos» fragmentarios de los que Mella renegaba categóricamente—, plantea el autor la necesidad de una enseñanza abierta a la totalidad del alma infantil y dispuesta a reconocer sin vacilaciones la disparidad del mundo explorado. Ciencia evolutiva como todas ellas, la pedagogía no puede anquilosarse en un cuadro artificial que responda al ideal transitorio de una época o una civilización: porque aunque ese ideal represente por un momento el impulso progresivo, tarde o temprano caerá en el estancamiento a fuerza de persistir y edificar su método.

«La denominación racionalista adjudicada a la enseñanza libre de prejuicios religiosos y estales—dice el autor—, no es la más apropiada... Y más adelante: «El racionalismo ha estado en su sitio desplazando a Dios, pero el predominio de la razón en oposición al sentido de la vida no puede satisfacer al hombre...» E insistiendo: «Muy lejos está nuestra

vida de poder ser toda pensada, razonada. No sería vida. No podría serlo plenamente...»

«Quiere esto decir que el ideal de la Escuela Moderna era un error? No, es simplemente un ideal superado por cincuenta años de conocimientos, por medio siglo de vida. Ilógico sería rechazarlo de plano, u olvidarlo, o negarle influencia; y peor aun combatirlo en su totalidad como a un fantasma que simboliza la regresión. Lo cabal, lo acertado, es completarlo; agregándole el inmenso universo infantil que escapa a la psicología experimental, aportándole la sabia renovadora de un integralismo pedagógico cuyos primeros balbuceos han presentado ya una revolución y haciéndolo conocer ese fascinador descubrimiento del subconsciente como fuerza activa de la conducta humana. Sólo entonces el racionalismo dejará de oponerse a la vida y se decidirá a acompañarla (1).

En cuanto al fundamental problema de establecer el grado de libertad que debe gozar el niño dentro de la escuela, impugna el autor los ensueños de una pedagogía romántica e ingenua—apadrinada por Tolstoy, el sublime exagerado—, que veía en el maestro un dócil esclavo de sus discípulos y no un guía. Si bien la experiencia ha tomado en cuenta—o debe tomar—la necesidad de respetar hasta cierto grado el interés natural del niño, sin forzarlo rudamente ni exigirle una disciplina agobiante, no es menos cierto que se ha demostrado imprescindible dirigir hábilmente ese interés natural, canalizándolo y encauzándolo de acuerdo a un plan previo. Es lícito hacerlo, es lícito limitar el derecho del niño a ser libre? Lo es, por la misma razón que es lícito el indicar caminos a aquél que ninguno conoce ni puede conocer. No se limita

un derecho, se posibilita justamente su existencia.

Abordando con preferencia los problemas prácticos de la enseñanza—el subtítulo del folleto indica ya la intención— dedica el autor varias páginas al análisis concreto y preciso de «las ideas» de esa índole. En forma accesible, amena, estudia variedad de casos planteados por la diversidad y complejidad del mundo infantil («Rarezas del niño», «El desarrollo de la personalidad», «Control de sí», «El niño travieso», «Curiosidad infantil...») no cayendo en el absurdo de presentar soluciones rígidas e inflexibles, sino caminos para la solución: el niño no es uno, mal puede entonces haber una solución.

Podría quizás reprochárselo un excesivo laconismo en cuestiones de ese incitante problema que es la mentira infantil, con su sutil maridaje de imaginación y simulación ingenua? ¿Por qué conformarse con un breve comentario sobre la sexualidad en el niño, sin profundizar en sus manifestaciones ni sus alcances? ¿Y por qué, en fin, no haber mencionado ni siquiera de paso, tema tan interesante y arduo como el de los fetos infantiles, con sus peligros y sus pretensiones a veces tan exageradas? Reconocemos, sin embargo, que los reparos expuestos tienen en parte respuesta convincente en la suprema razón del limitado espacio disponible.

Cabe decir, en síntesis, que el folleto merece leerse. Muchos han de encontrar en él cosas nuevas; otros muchos, cosas viejas que estaban olvidadas y que siempre es necesario repetir. De una forma u otra, su utilidad salta a la vista.